

ciles, como enigmas en las esfinges enigmáticas, como añoranzas melancólicas de un pasado mejor en la orgullosa silueta de los arcos triunfales...

Ya como un indicio de paz, de quietud, he visto las palomas, posadas sobre los frisos de la fachada. Y al entrar, el silencio religioso de las salas es un dulce reposo después del ruido continuo y ensordecedor de la calle.

Ved: aquí está el Egipto fabuloso...

III.—Egipto

La primera cosa con que tropieza la vista, es una tumba, (de Perneb), de la quinta dinastía, se calcula que unos dos mil seiscientos cincuenta años antes de Cristo, y descubierta en Menfis. Luego, toda clase de objetos, necesarios a la vida religiosa y a la privada, algunos de los cuales se cree pertenecen a las primeras dinastías, período pre-histórico, mal conocido, y más de cuatro mil años anterior a la era cristiana.

Esto os produce curiosidad... Pero la atracción, el hechizo, está en estas momias, sacadas por manos profanas de sus sueños milenarios, y que parecen interrogaros con los ojos extraños de sus máscaras... Poco a poco, el silencio que os rodea os retrotrae en el tiempo, y sentís la fascinación del ambiente lejano de los siglos; el Nilo, recibiendo el saludo gracioso de las palmas; el viejo Faraón, rumiando su nostalgia de placeres nuevos y desconocidos; la Esfinge taciturna, las pirámides, recortando sus líneas de piedra sobre el incendio del atardecer...

Ramses, los Tolomeos... Los reyes, ebrios de sangre, mas que de vino, robando, sin embargo, las horas al placer o la matanza para descifrar con los hierofantes los hondos misterios de la cosmogonía...

Y, por último, Cleopatra enjaya su muerte con una perla, que, al diluirse entre el veneno, quizá pareció una lágrima...

Luego, ved los objetos preciosos de la *toilette*. La vanidad es tan vieja como el hombre, y de seguro la primer mujer buscó la piedra más pulida para tratar de verse, ya que no podía llevarse con ella el movable espejo de las aguas.

Y, en tanto los reyes hacían pirámides y templos, las princesas tenían estas filigranas de oro para adornarse, estos vasos delicados para las esencias raras, estas mil y mil cosas que equivalen a las que hoy tiene en su tocador la más gentil dama de nuestros días; con la diferencia de que aquéllos son de alabastro, y los modernos de cristal. En otra sala, hay ocho grandes estatuas en diorita de Sekhmet, diosa de la guerra, procedentes del templo de Karnak; son notables, porque en ellas los rasgos animales y humanos de su cuerpo de mujer con cabeza de leona están esculpidos con naturalidad magistral.

Una obra bella, es la estatua de un faraón, trabajada en diorita, y representándolo en forma de esfinge, como de un palmo de tamaño. También llaman la atención pequeñas estatuillas de las divinidades: Horus, Anubis, Osiris, muestran sus simbólicas figuras, en las que la erudición moderna no alcanza a ver más que grotescas y primitivas representaciones de ideas que fueron tan profundas y tan vivificantes como las aguas del Nilo en sus crecientes...

Hay varios otros sarcófagos; y, como guardianes eternos de su reino, que vive siempre a pesar de su sueño de milenios, dos gigantescas estatuas de granito de Menephtah, el Faraón del Exodo, tienen en la impasibilidad de su gesto y en la expresión rara de sus ojos cierta atracción misteriosa que os persigue como un hechizo...

Réstame decir que, para complemento de todas las colecciones, hay numerosas y magníficas fotografías y planos, y, en el Parque, al lado Oeste del edificio, un obelisco que alza su vertical como un reto al tiempo y al espacio...

IV.—Grecia

Del Egipto, pasamos a Grecia y Roma. He aquí, pues, como dijo el poeta, «la clásica era»...

Grecia es la llave de oro que abre el santuario de la belleza, del arte y del pensamiento, poderes luminosos que enseñan al hombre el secreto de la vida, bajo el doble aspecto de la forma, y de la idea, con el encanto sereno de la canción. Cada verso es una enseñanza, cada mármol un símbolo; la humanidad, ingenua y niña, despierta de su sueño como en un cuento maravilloso, y en el afán de su lucha, llega a encontrarse a sí propia por la filosofía. Palas, Athenea, al dar al hombre el conocimiento, torna-se diosa, no sólo de la ciudad-luz, sino de la humanidad...

Oh, Grecia amada e inmortal, estrella de este cielo interior en donde nuestro más íntimo yo busca sin cesar el secreto torturante del vivir... Tú brillas en las almas con el mismo fulgor sagrado con que reverberaba, «en la pureza del ambiente sereno la lanza de oro de la Minerva del Acrópolis»...

Aquí están los objetos del hogar y del templo: ved, la copa (kylix) para la libación, y el recipiente (lekythos) para el aceite del altar. Ved las cráteras en que el dulce néctar, presente de Baco, recibe el bautizo cristallino del agua. Ved las ánforas, modeladas en los cuerpos de mujer; con la gracia serena de sus curvas, con la pureza majestuosa de sus líneas.

Ved los anillos, los adornos femeninos, las terracotas bellas, las tanagras gráciles y delicadas, en que el espíritu parece encontrar su delicadeza alada...

Ved a los dioses, bellos en sus mármoles como en sus leyendas: Apolo, juvenil, con divina juventud eterna, preside su coro albo, mostrando a la significancia moderna todo el esplendor de aquellas razas maravillosas, hermosas de cuerpo tanto como de alma. Todo el hechizo helénico está aquí, y lo sentimos con la misma fuerza que en aquellas edades, en que «los habitantes del Olimpo bajaban a confundirse entre los hombres».

Ved los vasos, adornados con las escenas de la vida diaria: ved los mitos encantados, las ceremonias litúrgicas, la fiereza de la guerra, el rápsoda que narra los hechos al son de la lira. La sombra de Agamenón, la de Aquiles, toda la epopeya renace al conjuro de esta arcilla que fué laborada bajo un cielo purísimo, ritmando el trabajo de las manos sabias con la cadencia de los versos inmortales...

La escultura, documento principal en la historia de la nación privilegiada, tiene en estas salas hermosos ejemplares, unos originales, otros correctas reproducciones de los que en museos de otros países se guardan. Sátiros, ninfas, las Venus perfectas, los grupos mitológicos, prestan sus desnudeces a la afición de numeroso grupo de jóvenes artistas, que procura copiarlos lo mejor que puede, y a la vez presenta curioso contraste con su movilidad bulliciosa a la grave serenidad de los modelos.

Y, entre todas las estatuas, me cautiva la de Eirene, diosa de la paz, copia romana de la famosa de Atenas, encontrada descabezada y sin manos. He aquí, pienso, un símbolo completamente moderno de la tan decantada paz...

RUBÉN YGLESIAS HOGAN